

Islas caribeñas

Los lectores del *Advocate* recordarán con interés la descripción gráfica de “un sacerdote joven” en un viaje desde su tierra hacia las islas del mar Caribe. El primer día, si recuerdo correctamente, la goleta estaba inmóvil y no hizo sino dos de las doscientas millas que se suponía iba a recorrer. La única diversión, aparte del capitán tirándose al mar para darse un chapuzón, estaba en el aplaudir de la enorme vela y el ruido del gran gancho de hierro, siguiendo la vela a lo largo de la barra que aseguraba la base de la cubierta.

La impresión dejada en mí por el artículo era contraria a lo que el escritor deseaba. Era muy perdonable olvidar que se trataba de una goletita en muy mal estado y no de un yate privado, o que el escenario no eran los estrechos de Menai en un hermoso día de primavera, sino un traicionero mar abierto en el trópico. Los puntos menores que he descubierto desde entonces, hacen la diferencia. El batir de la vela, cuando leí, era música para mis oídos y no había nada que yo quisiera más en ese momento que estar a bordo del *Mary K.B.* “Debe ser el llamado de mar”, reflexioné, siempre por supuesto con el pensamiento de las misiones al final del viaje.

La realidad

De que hay algo como “un Dios de mar ” no hay duda, pero es algo muy diferente a lo que la mayoría de la gente piensa. Ésta es la fija y determinada opinión a la que he llegado desde que obtuve mi deseo de abordar el *Mary K.B.* Me tomó los primeros quince minutos de una jornada de tres días para decidirme.

Dejamos San Andrés un lunes por la tarde, rumbo a la vieja Providencia; un viaje de cuarenta millas en línea recta. Soplaban un fuerte viento y avanzamos bien a lo largo del arrecife que abarca casi toda la longitud de la isla. El capitán, sentado a horcajadas sobre la caja del timón, silbaba felizmente. Detrás de él, sentados en fila sobre la cubierta, estaban los pasajeros afianzados contra la parte baja y trasera de la baranda del barco. Con un juicio que ninguno de ellos parecía poder ejercitar, todos mantenían la calma.

Cuando llegamos cerca del arrecife, el mar estaba excepcionalmente “bravo”. El cocinero, aprovechando una maniobra de la nave casi perpendicular, se deslizó rápidamente hacia abajo, a la cubierta, para informarnos que el té estaba servido. Yo no tenía ni idea de que la palabra “té” podría resultar tan nauseabunda. “El castigo por las delincuencias cometidas en el pasado”. Decidí hacerle caso a su invitación. Dos vasijas rodaron de la parte alta de la cabina y distribuyeron su contenido entre nosotros.

04

El llamado del mar

(Publicación del Saint Joseph Advocate, 1925)

The call of the sea
(Publication from Saint Joseph's
Advocate 1925)

Un grupo de pasajeros, más abstemios que nosotros, nunca habían navegado por el océano azul. La noticia dada por el cocinero fue recibida con una frialdad no propia de los trópicos, y ocho pares de ojos se quedaron fijamente pegados a la espalda del Capitán.

El cocinero estaba totalmente desconcertado. Sin sentir pena por él, pero muy a pesar de su buen juicio, yo estaba a punto de brindarle ayuda cuando otra vez sucedió lo mismo, y esto lo encerró en su cocina. Desde su refugio, ignorándonos completamente, se dirigió al capitán: “Vamos a tener una mala noche esta noche, capitán”. Había una tácita risita burlona y contenida entre los pasajeros. El cocinero había cobrado venganza.

“Sí, señor, corté la cabeza de un gallo esta tarde, señor; y él se irguió y cantó en mi mano”, añadió sin siquiera tomar aliento.

La respuesta al llamado

Un profundo y fuerte golpe casi detiene la nave. Un manto de rocío barrió la cubierta de la embarcación sin olvidar a los pasajeros. “¡Oh! —exclamó una dama morena—, moriré”. “No lo hagas, —le dijo su esposo tratando de aliviarla—. Ya pronto llegaremos”. Este caballero era el optimismo en persona, pero era poco convincente. Yo observaba la parte más alta del mástil formando fantásticas figuras alrededor de la luna. Otro bandazo hizo estragos entre los pasajeros, y ocho tristes figuras se voltearon lentamente y tomaron un repentino y muy absorbente interés en la espumosa estela del barco. Largos suspiros y gemidos eran testigos de las involuntarias respuestas al llamado del mar.

“Borrasca a la vista”, gritó nuestro cocinero. “Borrasca al frente”, le hizo eco el capitán. “Alto, allá adelante; al pie de sus velas. Mejor desciendan. Padre, fuertes lluvias se acercan”. El viento ululaba y se quejaba por entre las velas (su obencadura); el mástil crujió y dos o tres lloviznas anunciaron la aproximación de una tormenta. “Gracias capitán —dije—, pero si no le importa me sentaré aquí en cubierta y pasaré la tormenta así”. “Está bien, padre, yo entiendo. Tome mi impermeable”. No hay nada más insufrible en este lado del purgatorio que la “cabina” de uno de estos pequeños barcos; el calor y el hedor son terribles. Los gemidos de mis sufridos compañeros son prueba positiva de que de los dos males el menor sin duda era la lluvia. En la cabina, el llamado del mar estaba evidentemente volviéndose más y más exigente.

Los placeres de seguir el rumbo

A las once en punto de esa noche, el velador avisó al capitán. “Cayo a la vista, señor”. “Muy bien muchachos, háganla girar”. A las cinco en punto de la mañana siguiente: “San Andrés a la vista, señor”. “Media vuelta”, exclamó con voz de trueno el Capitán. La una en punto nos trajo de nuevo el cayo a la vista. “Cayo a la vista”, gritó el fiel observador. “Miren —dijo uno de los pasajeros—, si alguien dice ‘cayo a la vista’, otra vez, le tumbaré la cabeza”. “Cayo a la vista”, dijo el cocinero. La mejor parte del día siguiente la pasamos visitando San Andrés y el cayo, alternativamente, hasta que la cabeza de todos estaba en peligro. Por fin divisamos la

vieja Providencia y comenzamos a hacer visitas sucesivas a ésta y a un imaginario lugar en el océano, bastante similar a lo que habíamos hecho con San Andrés y el cayo. Luego descubrí que este modo de proceder se llama *tacking* y que se hace no sólo para fastidiar a los pasajeros. Afortunadamente este tipo de cosas no podía continuar por siempre, y por fin anclamos en el puerto de Providencia.

Así fueron muchos de nuestros viajes hacia y entre las islas; pero exactamente las deliciosas cosas que yo tan divertidamente me imaginaba que eran. Pero ellas tenían sus ventajas, como los sermones silenciosos que han ayudado a derrumbar las infranqueables barreras de los prejuicios y a meternos en el corazón de las personas.

THE CALL OF THE SEA

The Caribbean Islands

Readers of the advocate will recall with interest a graphic description by a "Young Priest" of a journey from the mainland to the islands in the Caribbean Sea. The first day, if I remember rightly, the schooner was becalmed and made but two of the two hundred miles to be covered. The only diversion, apart from the captain going over the side for a dip, was the flapping of the huge sail and the noise of the large iron hook, trailing after the sail along the bar that secured the bottom to the deck.

The impression left on me by the article was the reverse of what the writer intended. It was a very pardonable oversight to forget that it was a very wretched schooner and not a private yacht, or that the scene was not the Menai Straits on a beautiful summer's day, but a treacherous open sea in the tropics. It is the minor point I have since discovered, that makes the difference. The flapping of the sail, as I read, was music to my ears, and there was nothing I wanted so much at the moment as to be on board the Mary K.B. "Must be the call of the sea" I mused - always of course with the thought of the missions at the end of the Journey.

The Reality

That there is such thing as "The Cybele of the Sea" cannot be questioned, but that it is something vastly different from what most people conceive it to be, is the fixed and determined opinion I have arrived at since I got my wish and boarded the Mary K.B.

It took me the first fifteen minutes of a three-day journey to make up my mind about it.

We left St. Andrews on Monday evening bound for Old Providence - a journey of forty miles as the crow flies. There was a good stiff breeze blowing and we made fair way along the reef that stretches almost the entire length of the Island. The Captain, sitting astride the wheel box, whistled contentedly. Behind him, ranged in a row on the deck, sat the passengers propped up against the low back rail of the boat. With a judgment that none of them looked capable of exercising, they all held their peace. At the point of the reef, the sea was exceptionally rough, and the cook, taking

advantage of an almost perpendicular tilt of the vessel, slid hurriedly down the deck to inform us that tea was served. I had no idea that the word “tea” could be so nauseating. “Punishment for past delinquencies,” I decided.

To give point to his invitation two tins rolled off the top of the cabin and distributed their contents between us. A more abstemious set of passengers never sailed the ocean blue. The news imparted by the cook was received with an icy coldness most unusual in the tropics, and eight pairs of eyes were glued fixedly on the captain's back.

The cook was plainly disconcerted. Out of sympathy with him, but very much against better judgment, I was on the point of accepting his kind ministrations, when another timely roll shot him back into his galley, from this safe refuge, completely ignoring us, he addressed his remarks to the Captain.

“Going to have a bad night tonight Captain.” There was a general squirm among the passengers; the cook was having his revenge.

“Yes Sir, cut the head of a rooster this afternoon, sir, and he stood right up and crowed in my hand, he remarked, with a fine disregard for aspirates.

The call answered

A deep low thud almost brought the vessel to a standstill and a sheet of spray swept over the deck and did not spare the passengers. “Oh,” moaned a dusky lady, “I shall die.” “Don’t,” soothed her husband, “We’ll soon be there.” This gentleman was the very embodiment of optimism, but he was unconvincing. I was watching the top of the mast making fantastic figures round the moon. Another sudden lurch made havoc among the passengers, and eight sorry figures turned slowly round and took a sudden and very absorbing interest in the frothy wake of the vessel. Long drawn sighs and moans testified unwilling responses to the “Call of the sea.”

“Squall ahead” yelled our tormentor the cook. “Squall ahead” echoed the Captain. “Ho, forward there; stand by your jibs. Better go below, Father, heavy rain coming.” The wind was whistling and moaning in the rigging; the mast cracked and two or three spots of rain heralded the approach of the storm, “Thanks Captain,” I said, “but if it is all the same to you I will stay on deck and weather it.” “All right, Father, I understand. Take my oilskin.” There can be nothing more insufferable on this side of Purgatory than the “cabin” of one of these small boats. The heat and stench are terrible, and the groans from my fellow-sufferers were proof positive that of two evils the lesser was undoubtedly the rain. In the cabin the call of the sea was evidently becoming more and more exacting.

The pleasures of tacking

At eleven o'clock that night the look-out hailed the Captain. “Cay ahead sir.” “All right boys, send her round.” At five o'clock the following morning - “St. Andrews ahead sir.” “Right about,” thundered the Captain. One o'clock brought us in sight of the Cay again. “Cay ahead,” shouted the faithful look-out. “Look here,” said one of the passengers, “If anybody says ‘Cay ahead’ again, I’ll knock his head off.” “Cay ahead,” said the cook! For the best part of next day we visited St. Andrews and the

Cay alternately until everybody's head was in danger. At last we sighted Old Providence and began to make successive visits to it and to an imaginary spot on the ocean, much as we had done earlier with St. Andrews and the Cay. I discovered later that this mode of procedure was termed "Tacking" and that it was not done just to annoy the passengers. Fortunately this sort of thing can't go on forever and eventually we dropped anchor in Providence Harbor.

Such are our many journeys to and from between the Islands – not quite the delightful things I fondly imagined them to be. But they have their advantages as silent sermons that have helped considerably to break down what looked like impassible barriers of prejudice and have helped to endear us to the hearts of the people.

